

EVALUANDO LA REVOLUCIÓN AMERICANA EN LOS ASUNTOS MILITARES

Guillem COLÓM PIELLA
Doctor en Seguridad Internacional



S de sobra conocido que la posible existencia de una Revolución en los Asuntos Militares (RMA) capaz de transformar el arte bélico centró el interés de la comunidad estratégica estadounidense en la posguerra fría hasta ser desbancada por la transformación.

En términos generales, una RMA se define como un profundo cambio en la forma de combatir motivada por la explotación de nuevas tecnologías, doctrinas y formas de organización. Estas capacidades convierten en irrelevante u obsoleto el modelo bélico anterior y proporcionan una enorme superioridad al primer ejército que la conquista. No obstante, este podrá mantener esta brecha mili-

tar por un período limitado, pues con el paso del tiempo las nuevas tecnologías se difundirán y sus adversarios intentarán emular (copiando de forma acrítica), asimilar (adaptando a su situación concreta) o desarrollar respuestas (en muchos casos asimétricas) para acabar con esta superioridad (1).

La RMA que Washington intentó conquistar en la posguerra fría comenzó a gestarse en la década de 1970, coincidiendo con su fracaso en Indochina y el creciente desequilibrio estratégico en Europa. Vietnam expuso las carencias de sus Fuerzas Armadas (FF. AA.) y los límites del tradicional estilo militar americano, de tipo logístico y basado en la capacidad industrial del país para desgastar al adversario en una guerra de atrición. Su desenlace comportó un conjunto de cambios en la arquitectura de defensa del país para recuperar la iniciativa perdida y enfrentarse con éxito al ejército rojo (2).

(1) GRAY, Colin S. (2002): *Strategy for Chaos: Revolutions in Military Affairs and the Evidence of History*, Frank Cass, Portland.

(2) TOMES, Robert (2007): *U. S. Defense Strategy from Vietnam to Operation Iraqi Freedom: Military Innovation the American Way of War, 1973-2003*, Nueva York, Routledge.

Los primeros frutos de estos cambios empezaron a vislumbrarse en el Frente Central europeo a principios de los ochenta, cuando para superar la erosión del difícil equilibrio nuclear entre las dos superpotencias y la amenaza que presentaban tanto los euromisiles como la Revolución Ogarkov para la estabilidad del continente europeo, Estados Unidos resolvió aprovechar su incipiente superioridad doctrinal, humana y tecnológica para multiplicar el poder de sus FF. AA., que hasta entonces se hallaban en clara desventaja numérica frente a las fuerzas desplegadas por el Pacto de Varsovia (3). Esta maniobra, enfocada a reforzar la superioridad militar de la Alianza Atlántica en caso de ataque soviético, se materializó en el proyecto Assault Breaker y la Batalla Aeroterrestre.

Aunque esta estrategia planteada para compensar la superioridad numérica del Pacto de Varsovia se fundamentaba en la calidad tecnológica, doctrinal, operativa y personal de los ejércitos occidentales, la tecnología pronto adquirió un papel central cuando los estrategas soviéticos forjaron el concepto de Revolución Técnico-Militar. Como marxistas ortodoxos defensores del materialismo histórico, estos eran reticentes a aceptar cualquier superioridad occidental basada en factores ajenos a la tecnología, como la iniciativa, la flexibilidad o la calidad de mandos y tropa. Así, concluyeron que los nuevos complejos de ataque automatizados —nombre que utilizaron para definir la integración de los sistemas C³I con las armas de precisión— desarrollados en Occidente eran revolucionarios porque permitirían a cualquier fuerza que los integrara enfrentarse a una formación mayor que ella y vencer con facilidad. Ello podría significar que en caso de conflicto, la Alianza Atlántica podría derrotar al Pacto de Varsovia sin recurrir al armamento atómico, desapareciendo con ello el frágil equilibrio existente entre Estados Unidos y la Unión Soviética (4).

Esta idea suscitó el interés del analista de defensa estadounidense Andrew Marshall, que la articuló conceptualmente (juzgó que la tecnología debía combinarse con cambios organizativos, doctrinales y conceptuales), identificó las tecnologías revolucionarias (el armamento de precisión e inteligente, los sistemas C⁴ISTAR y las plataformas furtivas), propuso su denominación definitiva (Revolución en los Asuntos Militares) y expuso sus potencialidades (la obtención de un completo, transparente y permanente conocimiento del teatro de operaciones, un efectivo mando y control de las fuerzas que allí operan y precisos ataques sobre los objetivos enemigos, logrando así victorias rápidas, decisivas y sin apenas daños colaterales). Además, valiéndose de su posición,

(3) COLÓM, Guillem: *La Segunda Guerra Fría y el desplazamiento del balance de fuerzas en Europa*, Ayer, vol. 99 núm. 3 (otoño 2015), pp. 175-198.

(4) ADAMSKY, Dima: «Through the Looking Glass: the Soviet Military-Technical Revolution and the American Revolution in Military Affairs», *Journal of Strategic Studies*, vol. 31 núm. 2 (abril 2008), pp. 257-94.

intentó promoverla entre la clase política y militar del país. Sin embargo, su éxito fue escaso porque la comunidad de defensa estaba más preocupada en adaptar la arquitectura defensiva americana a los años noventa que en plantearse la existencia de una revolución militar capaz de transformar la guerra.

Los resultados preliminares de estas transformaciones se manifestaron durante la Guerra del Golfo de 1991, cuando la coalición internacional liderada por Estados Unidos logró una espectacular victoria frente a Irak. Aunque ello catapultó la revolución al centro del análisis estratégico internacional, el Pentágono no mostró demasiado interés por esta posibilidad, puesto que en aquellos momentos de euforia su máxima prioridad era definir los pilares estratégicos del país para la inmediata posguerra fría. Solamente algunas personalidades que años después ocuparían puestos clave en la Administración de George W. Bush, el Ejército de Tierra y la Fuerza Aérea se sumaron a los debates, atraídos por los efectos que podría tener la RMA sobre su forma de combatir y porque podrían utilizar esta idea como arma en sus pugnas por los recursos económicos y los favores políticos en una coyuntura marcada por la crisis financiera y el cobro del dividendo de la paz (5).

A mediados de la década, coincidiendo con la propagación de la euforia revolucionaria entre las élites política y militar del país, el almirante William Owens identificó la esencia de esta revolución: el sistema de sistemas o la capacidad que tendría cualquier sensor, plataforma, combatiente o arma para interactuar con el resto gracias a su integración en red. Owens sostenía que la base tecnológica de la RMA ya existía, pues era el resultado de décadas de millonarias inversiones para contener a Moscú. Sin embargo, lo realmente revolucionario era la integración de los elementos de la fuerza en un sistema de sistemas que proporcionara información a tiempo real de todo lo que sucede en el campo de batalla y batir con precisión cualquier objetivo desde grandes distancias y sin apenas daños colaterales. Ello abría el paso a una revolución en el arte de la guerra, pues el almirante aseguraba que por primera vez en la historia se disiparía la niebla de la guerra persistente en las batallas desde la antigüedad.

Y para conquistar esta revolución se juzgó vital adquirir las tecnologías propias de la era de la información (modernas plataformas, avanzados sensores y sofisticadas armas, convenientemente integradas en red creando un sistema de sistemas) e implementar nuevas formas de actuación (impulso de la acción conjunto-combinada, operaciones basadas en efectos, orientación expedicionaria y guerra en el espacio, ciberespacio y en la información), nuevos modos de organización (adelgazamiento y flexibilización de estructuras, integración horizontal, orgánicas flexibles, modulares y optimizadas para

(5) O'HANLON, Michael (1995): «Defense Planning for the Late 1990s. Beyond the Desert Storm Framework», Washington DC, *The Brookings Institution Press*.

una rápida proyección, eficaz sostenimiento y autonomía de acción en toda la gama de las operaciones), estándares de adiestramiento (aumento de la instrucción y preparación de los combatientes para asumir mayores responsabilidades, desempeñar nuevas tareas y emplear sofisticados sistemas) y estilos de mando (descentralización y reorganización de los estados mayores, mayor control estratégico y político de las operaciones militares e integración de la cadena de mando militar en operaciones interagencia).

Igualmente, para financiar los cambios tecnológicos, estructurales, procedimentales y orgánicos necesarios para conquistar la RMA, se estimó necesario implementar una Revolución en los Asuntos de Negocios (RBA) que, basada en la promoción de economías de escala, la centralización de los procesos de obtención de material, la simplificación de los procedimientos administrativos, el empleo de tecnologías duales o la externalización de servicios, optimizaría la gestión de la defensa y garantizaría fondos para sufragar la RMA (6).

Una vez consolidados, estos cambios culminarían en una RMA que transformaría la guerra en todas sus dimensiones (tierra, mar, aire, espacio, ciberespacio e información). De esta forma, la batalla terrestre contemplaría la sustitución de las grandes unidades maniobrando lentamente por amplias líneas de frente, por pequeñas y ágiles fuerzas que, equipadas con sofisticados sistemas, integradas en red, organizadas de forma modular, altamente desplegables, fácilmente sostenibles y proyectadas para combatir en toda la gama de las operaciones, maniobrarían libremente por campos de batalla vacíos e indefinidos. Por su parte, la guerra en el mar presenciaría la desaparición de las grandes flotas oceánicas equipadas y organizadas para el combate aeronaval y antisubmarino y su sustitución por fuerzas expedicionarias que, dotadas de modernos buques, avanzados sensores y sofisticados sistemas de armas diseñados para operar en red, orientarían su actuación a la región litoral y la proyección del poder tierra adentro de forma autónoma o en apoyo a las operaciones aeroterrestres. En el caso de la guerra aérea, a corto plazo vería reforzados sus tradicionales cometidos gracias al empleo de unas poderosas fuerzas expedicionarias equipadas con sofisticados sistemas y operables en red (una aviación táctica capaz de apoyar permanentemente las unidades terrestres, una fuerza estratégica capaz de batir con precisión los centros de gravedad enemigos y una extensa flota de transporte capaz de proyectar velozmente las unidades terrestres al teatro de operaciones). No obstante, a largo plazo serían los misiles y los sistemas no-tripulados los que operarían en la invisible frontera que separa el cielo del espacio para batir cualquier objetivo situado en la superficie del planeta. Además, la

(6) CARTER, Ashton, y WHITE, John (eds.) (2001): «Keeping the Edge: Managing Defense for the Future», Cambridge, *MIT Press*.

revolución provocaría el surgimiento de tres nuevos campos de batalla: el espacio, el ciberespacio y la información. En el primero, las operaciones se orientarían a la destrucción o protección de los satélites de observación, posicionamiento, navegación y comunicaciones, a día de hoy esenciales para la eficaz conducción de las operaciones militares. Sin embargo, en un futuro lejano el cosmos contemplaría el emplazamiento de armas estratégicas para destruir objetivos en la faz de la Tierra o en el mismo espacio. Por otro lado, la guerra en la esfera de la información —inicialmente considerada como la dimensión en la que se integraba el ciberespacio— podría librarse tanto para apoyar las operaciones militares en los tres dominios tradicionales como de manera independiente para engañar, cegar y confundir al adversario perturbando sus comunicaciones, paralizando sus flujos de información o manipulando sus opiniones públicas, mermando con ello la eficacia de las operaciones y erosionando el apoyo doméstico a las mismas. Finalmente, la RMA también comportaría el surgimiento de la guerra virtual que, librada en el ciberespacio, no solamente se integraría en el planeamiento y conducción de las operaciones militares para degradar tanto las capacidades de mando y control de las fuerzas enemigas como para alterar el funcionamiento del estado mediante la utilización de una amplia gama de intrusiones y ataques informáticos contra los centros militares, políticos o económicos de la nación.

Paralelamente, fue también en este momento cuando el Pentágono empezó a considerar seriamente las posibilidades que ofrecía la RMA para resolver los dilemas estratégicos que debía afrontar el país (disponer de capacidades suficientes como para desplegarse rápidamente y combatir en inferioridad numérica en dos conflictos que pudieran desarrollarse de forma casi simultánea). Además, también empezó a plantearse seriamente la existencia de esta revolución, cuya consecución podría ser esencial para conservar la supremacía militar y la hegemonía política del país en el nuevo milenio.

En 1996, la élite militar estadounidense adoptó formalmente la RMA con la edición de la *Joint Vision 2010*. Este trabajo avalaba su existencia, fijaba los pilares y elementos definidores de la *Revolución americana en los Asuntos Militares* —donde el dominio de la maniobra, la precisión en el combate, la protección multidimensional y la logística focalizada, aglutinadas mediante la superioridad en la información, constituían los elementos necesarios para triunfar en todos los conflictos—, las capacidades futuras de sus FF. AA. y el camino a seguir para conquistar esta revolución, que prometía inaugurar un nuevo estilo americano de combatir. Esta hoja de ruta estableció un enfoque conjunto sobre los pilares y objetivos de la revolución, proporcionó a sus FF. AA. unas líneas maestras comunes, pero lo suficientemente vagas como para que continuaran desarrollando e implementando sus planteamientos específicos, y sentó las bases para la aceptación política de la revolución, un hecho que se produciría en 1997.

Efectivamente, aunque sus FF. AA. adoptaron los principios establecidos por la *Joint Vision 2010*, articularon de forma distinta la RMA porque primaron lo específico sobre lo conjunto, la amoldaron a sus visiones de futuro particulares y la emplearon como arma política en las implacables luchas internas por los recursos y el poder.

En 1997, un año después de institucionalizar militarmente la revolución, la clase política hizo lo mismo con la presentación de la primera *Revisión Cuatrienal de la Defensa* (QDR). Aunque en los años anteriores el Pentágono ya había presentado varios informes que aceptaban este fenómeno —caso de la Iniciativa del Departamento de Defensa para la RMA de 1993 o los Informes Anuales de Defensa de 1995 y 1996— y había promocionado diversas iniciativas orientadas a alcanzarla, fue este informe el que consolidó la revolución al articular conceptualmente estas ideas, apadrinar los pilares de la misma detallados por la élite militar y sentar las bases de la transformación.

Este documento —eje de la política de defensa del país para la legislatura 1996-2000— sostenía que la explotación de la RMA era uno de los hitos básicos para enfrentarse satisfactoriamente a los retos futuros. Y para ello, el Pentágono propuso aprovechar la aparente estabilidad que estaba viviendo el mundo para desarrollar y adquirir las capacidades revolucionarias, acomodar la arquitectura defensiva del país para combatir las nuevas amenazas y modernizar los sistemas heredados de la Guerra Fría (medios mecanizados, aviones de combate o plataformas navales) con las tecnologías propias de la RMA para mantener fuerzas suficientes como para luchar en cualquier conflicto que pudiera surgir mientras se organizaban las FF. AA. del siglo XXI. Este proceso, encaminado a lograr la revolución y preparar la arquitectura de defensa para los riesgos y amenazas que podrían materializarse en las primeras décadas del nuevo siglo, recibió el nombre de Transformación.

Sin embargo, la baja dotación presupuestaria para la obtención de nuevas capacidades (el objetivo de gasto propuesto por esta revisión nunca se alcanzó) y la participación de sus FF. AA. en operaciones de apoyo a la paz y gestión de crisis (que, ante la negativa de un legislativo controlado por los republicanos a asignar partidas extraordinarias para financiar estas labores, tuvieron que sufragarse con los fondos destinados a la modernización de material y al adiestramiento de unidades) paralizaron la transformación.

Finalmente, en 2001 se produjo tanto la consolidación definitiva de la RMA como su rápido ocaso y posterior sustitución por la Transformación como eje del proceso de planeamiento de la defensa estadounidense y foco del debate internacional en asuntos estratégicos. Y es que la llegada de George W. Bush a la Casa Blanca y el nombramiento de Donald H. Rumsfeld como secretario de Defensa dieron el impulso final y definitivo a la RMA. Fascinados por esta idea, que prometía inaugurar un nuevo estilo bélico más limpio y eficaz, dilatar la brecha tecnológica existente entre Estados Unidos y sus potenciales competidores, resolver los interrogantes estratégicos que

debía afrontar el país, ampliar su supremacía militar y reforzar su hegemonía política y contribuir a la configuración del nuevo orden mundial del siglo XXI, el presidente Bush y su secretario de Defensa Rumsfeld no solamente plantearon articular una nueva estrategia de seguridad, defensa y militar encaminada a reforzar la hegemonía estadounidense en la posguerra fría, sino que trazaron un ambicioso plan de transformación para conquistar la revolución y adaptar la arquitectura defensiva del país a los retos a que debería hacer frente en el futuro (7).

Aunque la consecución de la RMA era el objetivo del proceso de transformación, pronto esta pasó a configurar los debates políticos, militares y académicos en el país. Sin embargo, fueron los trágicos sucesos del 11-S y la declaración de la Guerra contra el Terror los factores que motivaron su consolidación, al demostrar la urgencia de adaptar el entramado defensivo estadounidense a las amenazas presentes antes que prepararse para los retos futuros o conquistar la RMA. Al tener que enfrentarse a un problema real y concreto, dicha conquista se situó en un segundo plano, y la transformación se convirtió en una necesidad.

Lanzada la Guerra contra el Terror y derrocados los regímenes talibán en Afganistán y baathista en Irak, Washington pasó de la euforia revolucionaria motivada por la veloz invasión de ambos países al desconcierto tras el auge de la insurgencia y las dificultades para estabilizar el territorio. Y es que inicialmente, los espectaculares logros de las fuerzas estadounidenses parecieron corroborar la eficacia del nuevo estilo militar americano producto de la RMA (8) y aconsejaron acelerar el proceso de transformación emprendido por Bush pocos meses antes. No obstante, tras el paso de las acciones de combate a las labores de ocupación, factores como la reducida entidad de la fuerza desplegada, los medios materiales empleados, las carencias de los combatientes en materia de seguridad, estabilización o apoyo a la reconstrucción, el desconocimiento de ambas culturas, la insuficiente inteligencia humana de la que disponían o el férreo control de las operaciones desde unos estados mayores situados a miles de kilómetros, unidos estos a la inexistencia de un plan coherente para su pacificación y las erróneas decisiones que las autoridades estadouni-

(7) HESRPRING, Dale (2008): «Rumsfeld's Wars: The Arrogance of Power», Lawrence, *University Press of Kansas*.

(8) El concepto *New American Way of War* define el estilo militar propio de la RMA que, basado en la superioridad tecnológica, el pleno conocimiento del campo de batalla y la capacidad para realizar ataques de precisión desde grandes distancias, permitiría obtener victorias rápidas, limpias y contundentes frente a cualquier adversario. Caracterizado por su apoliticismo, tecnocentrismo y sensibilidad a las bajas propias, son muchos los indicios (caso del creciente empleo de drones, armamento de precisión y fuerzas de operaciones especiales), que sugieren cómo este modelo está acomodándose a los ejes del pensamiento estratégico actual (BOOT, Max: «The New American Way of War», *Foreign Affairs*, vol. 82, núm. 4 (julio-agosto 2003a), pp. 41-58).

denses tomaron al terminar las operaciones de combate, facilitaron el estallido de una feroz campaña de violencia sectaria que todavía persiste a pesar del esfuerzo de la comunidad internacional para estabilizar el territorio, traspasar las responsabilidades a los gobiernos locales, la retirada definitiva de Irak y el repliegue programado de Afganistán.

El estallido de la insurgencia no solamente puso de manifiesto las limitaciones de la RMA y las carencias del nuevo estilo americano de combatir en escenarios de baja y media intensidad, las debilidades de unas FF. AA. enfocadas a la guerra convencional contra ejércitos regulares, los problemas vinculados con un proceso de transformación demasiado tecnocéntrico y proyectado para ampliar la brecha militar del país frente a potenciales competidores como China; sino también el influjo de su cultura estratégica sobre su estilo de hacer la guerra. Además, las labores de ocupación también revelaron los problemas que entraña la pacificación de territorios hostiles, los costes humanos, materiales y políticos que conllevan los cambios de régimen por la fuerza o las nuevas necesidades operativas y logísticas derivadas de la presencia militar en estos territorios. Este conjunto de elementos no solo motivaron la desaparición de la RMA de la agenda estadounidense y zanjaron el debate sobre la existencia de esta revolución; sino que también provocaron un cambio de rumbo en el proceso de transformación.

Esta nueva orientación de la transformación militar del país hacia los conflictos de baja intensidad y la resolución de los problemas operativos presentes en detrimento de prepararse para el futuro se formalizó en la QDR 2006 y se materializó tras el nombramiento de Robert Gates como titular de Defensa. Determinado a solucionar las dificultades que estaban sufriendo las fuerzas del país en Afganistán e Irak, el nuevo inquilino del Pentágono se propuso construir un nuevo estilo militar adecuado para la Guerra contra el Terror. Para lograr este objetivo, Gates realizó importantes cambios en el pensamiento estratégico (orientándolo hacia las cuestiones presentes en detrimento de la prospectiva futura), en el planeamiento de la defensa (priorizando el desarrollo de capacidades aptas para las operaciones en curso), en la programación militar (redefiniendo o posponiendo los grandes proyectos de armamento futuros con el fin de liberar fondos para adquirir por procedimiento de urgencia los equipos necesarios para las misiones en curso) y en la estructura de fuerzas (reconvirtiendo grupos de artillería en unidades de infantería, incrementando el número de fuerzas de operaciones especiales y unidades CIMIC, replanteando los ciclos de despliegue o regulando la presencia de contratistas militares privados).

No obstante, este modelo de transformación relacionado con la construcción de Estados, las *small wars* y la contrainsurgencia, extensivo en hombres, tiempo y recursos y que requería largos despliegues masivos de fuerzas terrestres, no era únicamente ajeno a la cultura estratégica del país y constituía un intento para cambiar el estilo militar americano vinculado con la RMA, sino

que era muy costoso en términos económicos, humanos y materiales, generaba una enorme fricción tanto dentro como fuera del Pentágono y tampoco prometía las victorias claras y resolutivas que demanda la clase política y la opinión pública (9).

Y es que a medida que dilataba la presencia militar estadounidense en Afganistán e Irak, Washington no solamente iba comprendiendo los peligros que entrañan los cambios de régimen por la fuerza, los costes de las actividades de construcción nacional o el poco glamur que tienen las labores de ocupación y lucha contra la insurgencia, sino también la volubilidad de su opinión pública, la influencia de los medios de comunicación y las redes sociales para condicionar la acción gubernamental o la incompatibilidad entre los ciclos políticos propios del juego democrático del país y los tiempos necesarios para explotar las líneas estratégicas trazadas por la élite militar.

Aunque la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca motivó el primer alejamiento de este modelo —tal y como lo atestiguó la preferencia del líder demócrata por los ataques con drones, las operaciones antiterroristas, la transferencia del poder a las autoridades locales o la progresiva retirada de fuerzas de ambos escenarios—, fue la eliminación de Osama Bin Laden el factor que permitió cerrar la Guerra contra el Terror y sustituir este enfoque a la transformación por un nuevo modelo de seguridad y defensa. Motivado por la coyuntura doméstica e internacional de la posguerra contra el terror y articulado en oposición al anterior, este modelo, que empezó a materializarse en 2012, contiene las lecciones que Washington ha aprendido tras dos largas guerras y que se basa en el retorno al patrón tecnocéntrico que tan integrado se halla en el ADN militar estadounidense para emprender un nuevo proceso de innovación militar susceptible de desembocar en una nueva RMA.

Afganistán e Irak han expuesto las limitaciones intrínsecas de la tecnología, revelado las debilidades del nuevo estilo americano de hacer la guerra y moderado las proclamas transformadoras de la década anterior. Sin embargo, también han permitido madurar las tecnologías revolucionarias, como el armamento inteligente, los sistemas no-tripulados o la cibernética, consolidar el sistema de sistemas y explotar nuevas formas de combatir y concebir las operaciones conjuntas en las dimensiones terrestre, aérea, naval, espacial y cibernética e identificar al soldado como el eslabón más débil de su maquinaria bélica. Sin embargo, mientras Washington consolidaba este cambio en la forma de combatir, las tecnologías vinculadas con esta revolución se difundían globalmente, su acceso se democratizaba y numerosos países emulaban el paradigma militar estadounidense, intentaban asimilar la revolución y adaptarla a sus necesidades o concebían medidas para acabar con la superioridad

(9) KAPLAN, Fred (2013): *The Insurgents: David Petraeus and the Plot to Change the American Way of War*, Nueva York, Simon & Schuster.

de esta RMA. Hoy en día, consolidada la revolución, enterrada *de facto* la Guerra contra el Terror, popularizadas las tecnologías revolucionarias, desarrolladas medidas específicamente orientadas a acabar con la superioridad tecnológico-militar americana y con la mirada puesta hacia Asia-Pacífico, Washington vuelve a sucumbir a la tentación de la guerra tecnológica con la Tercera Estrategia de Compensación, un proceso de innovación que recuerda mucho a la génesis de la RMA de la información (10).

Explicada tanto por las capacidades tecnológicas de su complejo militar-industrial como por una cultura estratégica que prioriza la búsqueda de soluciones tecnológicas a cualquier problema estratégico, operativo o táctico que se cierna sobre Estados Unidos, esta nueva fascinación por la guerra tecnológica puede observarse con el lanzamiento de la Estrategia de Compensación. La búsqueda de un salto tecnológico que se considera cercano, la priorización de la inteligencia electrónica en detrimento de la humana gracias al dominio del espacio y ciberespacio, las capacidades de ataque estratégico de precisión con el desarrollo de nuevos misiles, bombarderos y drones, la proyección de la fuerza en entornos anti-acceso y de negación de área (A2/AD), la predilección por el empleo de fuerzas de operaciones especiales, ataques de precisión y drones, la renuencia a emplear unidades terrestres y plantear el ocaso de las fuerzas mecanizadas, la determinación por conducir operaciones globales integradas en las cinco dimensiones (tierra, mar, aire, espacio y ciberespacio) como paso intermedio entre la guerra en red de la RMA y la red global de observación y ataque de la Tercera Compensación, indican cuál es la concepción que Estados Unidos tiene de la guerra del futuro. Además, Washington espera que los avances tecnológicos en informática, cibernética, robótica, biotecnología, nanotecnología, *big data* o impresión 3D permitirán también reducir la exposición física de los combatientes a las amenazas, limitar el coste político de las acciones militares y permitir la consolidación de la guerra virtual tal y como prometió la RMA de la información años atrás. Y es que si algo ha aprendido Estados Unidos de la Guerra contra el Terror es que el elemento humano es el eslabón más débil de la cadena militar, por lo que si se elimina este factor y se sustituye por tecnología, la guerra se deshumaniza y se convierte en algo limpio, seguro, económico y políticamente asumible por la sociedad.

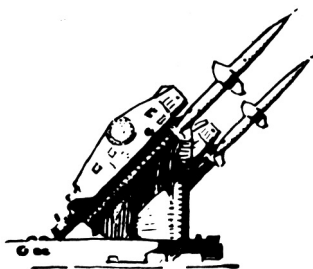
Además, tal y como sugiere la limitada participación del país en el conflicto libio, su pasividad ante la guerra civil siria y la consolidación de Daesh o su tibia respuesta a las actuaciones chinas en el Lejano Oriente y rusas en Ucrania, la expansión geográfica de los ataques con drones, la red de vigilancia

(10) MARTINAGE, Robert (2014): *Toward a New Offset Strategy: Exploiting U. S. Long-Term Advantages to Restore U.S. Global Power Projection Capability*, Washington DC, Center for Strategic and Budgetary Assessments.

tecnológica Prism y la determinación del país por conservar su supremacía en el ciberespacio, la disminución del volumen de fuerzas terrestres y la reducción —recientemente congelada dada la incapacidad europea para garantizar su propia seguridad y la escalada de tensiones en la frontera oriental de la Alianza— de la presencia militar en suelo europeo, la priorización del gasto en investigación y desarrollo de tecnologías avanzadas o la consolidación de la Estrategia de Compensación, este nuevo modelo parece basarse en un recogimiento estratégico y en un intervencionismo selectivo, la limitación del volumen, alcance e impacto de sus acciones militares, la resistencia a emplear fuerzas terrestres en operaciones, la negativa a participar en labores de estabilización, apoyo a la reconstrucción o contrainsurgencia, la priorización de las capacidades de ataque estratégico, la búsqueda de soluciones tecnológicas a los problemas estratégicos o la reorientación de su presencia avanzada hacia la región Asia-Pacífico para contener la expansión china y prepararse para un hipotético conflicto entre ambas potencias (11).

Sin embargo, al volcar nuevamente su atención en la supremacía tecnológica como herramienta para garantizar la hegemonía política y orientar la estrategia hacia China, Estados Unidos no solo se arriesga a olvidar por completo las enseñanzas de la Guerra contra el Terror y obviar otras tendencias estratégicas ajenas a la alta política, sino también a convertir un hipotético conflicto entre Washington y Pekín en una profecía autocumplida.

Estados Unidos se dejó seducir por los cantos de sirena de la guerra tecnológica y quedó prendado de ella desde el momento en que la probó. No es extraño que construya la guerra del futuro en torno a ella.



(11) COLÓM, Guillem: «Rumsfeld Revisited: La tercera estrategia de compensación estadounidense», *UNISCI Journal*, núm. 38 (mayo 2015), pp. 69-88.